



De nuevo el papa Benedicto XVI nos regala un gran ciclo de catequesis dedicando su atención a los Santos Padres de los primeros siglos cristianos. Desde san Clemente de Roma hasta san Máximo el Confesor, han sido treinta y cinco autores los presentados por el Papa en un conjunto de cuarenta y seis catequesis.

Este volumen recopila estas ricas e iluminadoras catequesis para acercar a los lectores las grandes figuras de la Iglesia antigua y su contribución a la teología y a la catequesis de nuestro tiempo. Asimismo, aporta una valiosa serie de índices de fuentes, nombres y materias.

En estas páginas se puede apreciar cómo los comienzos de la Iglesia son, ciertamente, expresión del designio de amor que guía la Historia. Más allá de los datos sobre los personajes, hechos y textos antiguos, la mirada de fe permite reconocer en los avatares históricos la acción providente de Dios en favor de los hombres.



Grandes maestros de la Iglesia de los primeros siglos

Catequesis de Benedicto XVI
De san Clemente Romano a san Máximo El Confesor

**Comisión Episcopal
de Enseñanza y Catequesis**

CATEQUESIS HOY

5

**Grandes maestros
de la Iglesia
de los primeros siglos**

*Catequesis de Benedicto XVI
De san Clemente Romano a san Máximo el Confesor*

EDICE

Editorial EDICE · Madrid 2009

Motivo de cubierta: El Concilio de Nicea. Pellegrino de Pellegrini,
«Il Tibaldi» (1527-1596). Real Biblioteca del Monasterio de El Escorial
Fotografía autorizada por © Patrimonio Nacional

© Copyright 2009 - Libreria Editrice Vaticana - 00120 Città del Vaticano
Tel. (06) 698.85003 - Fax (06) 698.84716

Presentación e índices: José Rico Pavés

Selección de textos: Rafael Delgado Escolar

Portada: JUAN SALVADOR

Editorial EDICE

Depósito Legal: M-24001-2009

I.S.B.N.-13: 978-84-7141-689-6

Edita: Editorial EDICE - Conferencia Episcopal Española

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - Antonio González Porras, 35-37
28019 MADRID

Índice general

Presentación	
JOSÉ RICO PAVÉS	
<i>Director del Secretariado de la</i>	
<i>Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe</i>	5
San Clemente Romano	23
San Ignacio de Antioquía	31
San Justino	39
San Ireneo de Lyon	47
Clemente de Alejandría	57
Orígenes	65
Tertuliano	79
San Cipriano	87
Eusebio de Cesarea	95
San Atanasio de Alejandría	103
San Cirilo de Jerusalén	111
San Basilio	119
San Gregorio Nacianceno	131
San Gregorio de Nisa	143
San Juan Crisóstomo	157
San Cirilo de Alejandría	171
San Hilario de Poitiers	179
San Eusebio de Vercelli	187
San Ambrosio	195



San Máximo de Turín	203
San Jerónimo	211
Afraates el Persa	227
San Efrén el Sirio	235
San Cromacio de Aquileya	245
San Paulino de Nola	253
San Agustín.....	261
San León Magno.....	295
Boecio y Casiodoro	303
San Benito de Nursia.....	313
Dionisio el Areopagita.....	323
Romano el Melode	333
San Gregorio Magno	343
San Columbano.....	359
San Isidoro de Sevilla.....	367
San Máximo el Confesor.....	375
Índice de fuentes.....	387
Índice de textos bíblicos	387
Índice de textos patrísticos	389
Índice de textos magisteriales.....	398
Índice de nombres.....	401
Índice de materias.....	409
Índice general	417

Presentación

JOSÉ RICO PAVÉS

Director del Secretariado

de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe

La catequesis de Benedicto XVI sobre los Padres de la Iglesia

Al celebrarse el XVI centenario de la muerte de san Juan Crisóstomo durante el año 2007, el papa Benedicto XVI hizo suyas unas palabras de su predecesor, Juan Pablo II, en las que recordaba agradecido la experiencia gratificante de todo aquel que se encuentra con estas grandes figuras de la Iglesia de los primeros siglos a las que llamamos *Padres de la Iglesia*: «Cada vez que nos encontramos con nuestros Padres —escribió el papa Juan Pablo II a propósito de otro gran Padre y doctor, san Basilio—, nos sentimos “confirmados en la fe y animados en la esperanza”»¹. En la misma intervención afirmaba el Papa que la vuelta a los Santos Padres «significa remontarse a las fuentes de la experiencia cristiana, para saborear su frescura y autenticidad», de modo que incluso la reflexión sobre los problemas actuales recibe de ellos un gran enriquecimiento². Los Padres son portadores de un patrimonio sapiencial cuya

¹ BENEDICTO XVI, *Carta con ocasión del XVI centenario de la muerte de san Juan Crisóstomo* (10-VIII-2007), 4; JUAN PABLO II, *Carta Apostólica Patres Ecclesiae* (2-I-1980), 1.

² «También quiero expresar mi anhelo ardiente de que los Padres de la Iglesia, “en cuya voz resuena la constante *Tradición* cristiana”, sean cada vez más punto firme de referencia para todos los teólogos de la Iglesia. Volver a ellos significa remontarse a las fuentes de la experiencia cristiana, para saborear su frescura y autenticidad. Así pues, no puedo expresar a los



asimilación permite saborear la novedad inmarcesible de la vida cristiana. Por eso, aunque son evocados como personalidades ilustres de la Antigüedad cristiana, el encuentro con ellos no deja nunca de ser actual.

Tras completar las Catequesis que Juan Pablo II iniciara sobre los Salmos y Cánticos de la oración litúrgica de Laudes y Vísperas, Benedicto XVI ha querido dedicar la enseñanza catequética que imparte regularmente los miércoles en la Audiencia General a las grandes figuras de la Iglesia primitiva. Primero se ocupó de cada uno de los apóstoles y de los primeros testigos de la fe cristiana que aparecen mencionados en los escritos del Nuevo Testamento. Después ha dirigido su atención a los Santos Padres de los primeros siglos cristianos. Desde san Clemente de Roma, en la conclusión del siglo I, hasta san Máximo el Confesor, fallecido en la segunda mitad del siglo VII, han sido 35 autores los presentados por el Papa dentro de un total de 46 catequesis dedicadas a los Padres de la Iglesia.

La razón que ha llevado a la elección de este tema como objeto de catequesis aparece brevemente formulada por el mismo Benedicto XVI en la primera de las catequesis patristicas: «así podremos ver cómo comienza el camino de la Iglesia en la historia»³. Si la catequesis tiene como meta propiciar la comunión con Cristo, a fin de promover y hacer madurar la conversión inicial, mediante la educación en la fe y la incorporación a la vida de la Iglesia⁴, ¿qué interés puede

teólogos un deseo mejor que el de un renovado compromiso por recuperar el patrimonio sapiencial de los Santos Padres. No podrá por menos de constituir un gran enriquecimiento para su reflexión incluso sobre los problemas de nuestros tiempos»: BENEDICTO XVI, *Carta con ocasión del XVI centenario de la muerte de san Juan Crisóstomo* (10-VIII-2007), 4.

³ BENEDICTO XVI, Catequesis sobre san Clemente de Roma (7-III-2007).

⁴ Cf. *Directorio General para la Catequesis* (25-VIII-1997), 30. 61.

tener para el cristiano de hoy un conjunto de catequesis que permiten conocer los inicios históricos de la Iglesia?

El interés por el sentido de la Historia y por el lugar de la Iglesia en ella ha acompañado a J. Ratzinger desde los comienzos de su labor teológica⁵. Este interés no ha desaparecido en el ahora Papa, quien no duda al afirmar que «en la Eucaristía se revela el designio de amor que guía toda la historia de la salvación»⁶. Los comienzos históricos de la Iglesia son, ciertamente, expresión del designio de amor que guía la Historia. Más allá de datos sobre personajes, hechos y textos antiguos, la mirada de fe permite reconocer en los avatares históricos la acción providente de Dios en favor de los hombres. Bien lo ha recordado Benedicto XVI cuando ha presentado la figura de Eusebio de Cesarea, el primer historiador del cristianismo y el mayor filólogo de la Iglesia antigua: «El análisis histórico nunca es un fin en sí mismo; no sólo busca conocer el pasado; más bien, apunta con decisión a la conversión, y a un auténtico testimonio de vida cristiana por parte de los fieles. Es una guía para nosotros mismos»⁷.

Es posible descubrir la importancia que tiene para la vida cristiana «ver cómo comienza el camino de la Iglesia en la historia», si se tiene presente quiénes son los Padres de la Iglesia y por qué pueden ser «objeto» de catequesis. En las siguientes páginas se responde a estas dos cuestiones y se señala, además, la aportación más relevante de estos autores a la labor catequética.

⁵ Cf. J. RATZINGER, *Mi vida. Recuerdos (1927-1977)*, Ediciones Encuentro, Madrid 2009, 79-89.

⁶ BENEDICTO XVI, Exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis* (22-II-2007), 8.

⁷ BENEDICTO XVI, Catequesis sobre Eusebio de Cesarea (13-VI-2007).



1. ¿Quiénes son los Padres de la Iglesia?

La respuesta a esta pregunta ya la dio el papa Juan Pablo II en 1980 con palabras vibrantes al conmemorar el XVI centenario de la muerte de san Basilio Magno:

Padres de la Iglesia se llaman con toda razón aquellos santos que, con la fuerza de la fe, con la profundidad y riqueza de sus enseñanzas, la engendraron y formaron en el transcurso de los primeros siglos⁸.

Son de verdad «Padres» de la Iglesia, porque la Iglesia, a través del Evangelio, recibió de ellos la vida⁹. Y son también sus constructores, ya que por ellos –sobre el único fundamento puesto por los apóstoles, es decir, sobre Cristo¹⁰– fue edificada la Iglesia de Dios en sus estructuras primordiales.

La Iglesia vive todavía hoy con la vida recibida de esos Padres; y hoy sigue edificándose todavía sobre las estructuras formadas por esos constructores, entre los gozos y penas de su caminar y de su trabajo cotidiano.

Fueron, por tanto, sus Padres y lo siguen siendo siempre; porque ellos constituyen, en efecto, una estructura estable de la Iglesia y cumplen una función perenne en pro de la Iglesia, a lo largo de todos los siglos. De ahí que todo anuncio del Evangelio y magisterio sucesivo debe adecuarse a su anuncio y magisterio si quiere ser auténtico; todo carisma y todo ministerio debe fluir de la fuente vital de su paternidad; y, por último, toda piedra nueva, añadida al edificio santo que aumenta y se amplifica cada día¹¹, debe colocarse en las estructuras que ellos construyeron y enlazarse y soldarse con esas estructuras.

⁸ Cf. *Gal* 4, 19; SAN VICENTE DE LÉRINS, *Commonitorium* 1, 3 (PL 50, 641).

⁹ Cf. *1 Cor* 4, 15.

¹⁰ Cf. *1 Cor* 3, 11.

¹¹ Cf. *Ef* 2, 21.

Guiada por esa certidumbre, la Iglesia nunca deja de volver sobre los escritos de esos Padres –llenos de sabiduría y perenne juventud– y de renovar continuamente su recuerdo. De ahí que, a lo largo del año litúrgico, encontremos siempre, con gran gozo, a nuestros Padres y siempre nos sintamos confirmados en la fe y animados en la esperanza¹².

En el Nuevo Testamento se emplean con frecuencia expresiones del tipo «nuestros padres», «vuestros padres» o simplemente «los padres» para indicar a los antepasados destinatarios de la promesa de salvación. El vínculo esencial para heredar la promesa es el de la fe: los verdaderos hijos de Abraham son los que creen y actúan como él¹³. Entre los apóstoles, san Pablo, por ejemplo, es considerado «padre» porque, predicando el Evangelio y enseñando entre fatigas y sufrimientos¹⁴, engendra a Cristo y ayuda a crecer «hasta que Cristo sea formado» (*Ga* 4, 19).

Este uso se mantendrá en la época postapostólica, sobre todo en plural, para indicar a los grandes personajes del Antiguo Testamento, que se consideran modelos de fe y de virtud incluso para los cristianos¹⁵. Pero junto a este empleo, heredado de la tradición judía, con la palabra *padre* se designa cada vez a los obispos¹⁶ y, en general, a los maestros en la fe¹⁷.

¹² JUAN PABLO II, Carta apostólica *Patres Ecclesiae* (2-I-1980), 1.

¹³ Cf. *Jn* 8, 33-40; *Mt* 3, 9; *Lc* 3, 8.

¹⁴ Cf. *1 Cor* 4, 14-15; *Flm* 10.

¹⁵ Cf. p.ej.: Clemente de Roma, *Cor* 30, 7 (FuP 4, 111; BPa 50, 167).

¹⁶ Cf. p.ej.: *Martirio de Policarpo* 12, 2 (FuP 1, 261; BPa 50, 330); SAN CIPRIANO DE CARTAGO, *Cartas* 30, 31 y 36 (BAC 241, 447; 455; 469); EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, VII, 7, 4 (BAC 350, 443).

¹⁷ «Cuando una persona recibe la enseñanza de labios de otro, es llamado hijo de aquel que le instruye, y este, a su vez, es llamado padre suyo»: SAN IRENEO DE LYON, *Adv. Haer.* IV, 41, 2 (BAC mayor 53, 534).



Ya en el siglo IV, la palabra *padre*, sobre todo en plural, adquiere un significado más concreto, designando a algunos personajes del pasado —especialmente obispos— que gozan de autoridad para transmitir y explicar la fe. Con las fórmulas «padres eclesiásticos», «santos padres» o simplemente «padres» se denominan a algunos obispos del pasado que se hicieron beneméritos como maestros de fe, o bien a los reunidos en Concilio. El uso se consagrará a partir del primer Concilio ecuménico de la Iglesia, celebrado en Nicea en el año 325. Desde esta fecha, en las controversias teológicas, la conformidad o no de una doctrina con la enseñanza de los Padres se considerará prueba de ortodoxia o de herejía.

Como ejemplo de este uso se puede citar el testimonio del ya mencionado san Basilio Magno, testigo cualificado de la recepción de la enseñanza del Concilio de Nicea y protagonista en la posterior defensa de la verdadera divinidad del Espíritu Santo:

En cuanto a la fe, no aceptamos una nueva, escrita por otros, ni osamos transmitir los frutos de nuestro pensamiento, para no hacer que se conviertan en humanas las palabras de la piedad, sino que, a quienes nos interrogan, les exponemos cuanto hemos aprendido de los Santos Padres... [es decir] la fe escrita por los Santos Padres que se reunieron en Nicea¹⁸.

El recurso a los Padres se irá haciendo más claro y explícito a medida que se desarrolla la doctrina de la Iglesia. Al compás de ese desarrollo se aclarará el significado del título «Padre de la Iglesia» o «Santo Padre». Cuando surgen cuestiones nuevas a las que se les dan soluciones diversas, tanto los herejes como los autores ecle-

¹⁸ SAN BASILIO MAGNO, *Carta* 140, 2.

siásticos afirman que la verdadera es la que se conforma a la Sagrada Escritura y a la enseñanza de los Padres. Necesario es entonces clarificar los criterios para determinar qué autores pueden ser invocados verdaderamente como Santos Padres y cómo puede reconocerse la armonía de su enseñanza con las Escrituras. La clarificación de esos criterios llegará, en Oriente, de manos de autores como san Cirilo de Alejandría y Teodoreto de Ciro, y, en Occidente, por obra de san Agustín de Hipona y, sobre todo, de san Vicente de Lérins.

En la controversia con los donatistas, san Agustín defenderá la autoridad de san Cipriano afirmando que este es Padre de la Iglesia no porque sea verdadero todo lo que ha pensado y enseñado, sino por su actitud espiritual, por el sentido de la medida y por un comportamiento que será aprobado por la Iglesia¹⁹. En la polémica que sostuvo el Hiponense con Juliano de Eclana, establecerá un segundo criterio de gran importancia: el testimonio de un Padre vale en tanto en cuanto concuerda con el testimonio de los otros, todos los cuales, en conjunto, gracias a esa unanimidad, son voz de la Iglesia²⁰. Unanimidad y continuidad permiten reconocer en el testimonio de los Padres, no ya

¹⁹ Cf. SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *De baptismo*, IV, 5, 7 (BAC 498, 523-526).

²⁰ «Mira, Juliano, en qué asamblea te he introducido. Aquí está Ambrosio de Milán, (...); aquí está Juan de Constantinopla (...); aquí está Basilio (...); aquí están los demás; y su admirable consenso debería hacerte reflexionar. (...) Ellos brillaron en la Iglesia católica por el estudio de la doctrina. Revestidos y protegidos por las armas espirituales, libraron arduas guerras contra los herejes y, después de realizar fielmente las obras que Dios les había encomendado, duermen el sueño de la paz. (...) Este es el lugar donde te he introducido; la asamblea de estos santos no es la multitud del pueblo; ellos no son sólo hijos, sino también Padres de la Iglesia»: SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Contra Iulianum*, I, 7, 30-31 (BAC 457, 484-485); cf. también *Ibidem* I, 21 (BAC 457, 469).



voces particulares, sino la única voz de la Iglesia. Por eso, a la hora de entender las Escrituras, el sentido eclesial exige recurrir a la comprensión unánime de los Santos Padres:

Estos obispos de Dios, tan numerosos, venerables, santos e ilustres, después de ser hijos de la Iglesia católica y estudiar sus doctrinas, fueron Padres por sus enseñanzas, y han hablado del pecado del primer hombre y de la transmisión del pecado a todos los mortales, sin jamás tener un lenguaje diferente los unos de los otros o contradecirse entre sí. Tal fue la unanimidad y constancia de sus sentimientos, que todo el que no lea sus escritos con prejuicios heréticos queda convencido de que la Sagrada Escritura ha de ser interpretada en este sentido sobre esta materia, así como entendida la fe católica como ellos la interpretaron y entendieron²¹.

La autoridad de los Padres está en su fidelidad a la Palabra de Dios transmitida dentro de la Iglesia. La sola antigüedad no convierte a un autor en Padre, como tampoco la sola erudición. Doctrina eminente y santidad de vida se hermanan en estos autores como el principal criterio de eclesialidad. Su pensar y su vivir es en la Iglesia, de la que reciben la firmeza de su fe y a la que enriquecen con una enseñanza acorde con la vida.

En las Catequesis de Benedicto XVI sobre los Santos Padres destaca el interés expreso por mostrar la armonía entre la vida y los escritos de estas figuras ilustres de la antigüedad. El Santo Padre no se ha limitado a resumir las enseñanzas más sobresalientes de estos autores, sino que ha desgranado los testimonios biográficos que sitúan en su auténtica perspectiva el legado que nos han transmitido.

²¹ SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Contra Iulianum* (op. inc.), IV, 112 (BAC 470, 156).

El Papa emplea diferentes denominaciones para referirse a estos autores: «grandes figuras de la Iglesia primitiva»²², «grandes figuras de la Iglesia de los primeros siglos»²³, «grandes personalidades de la Iglesia naciente»²⁴, «grandes personalidades de la Iglesia antigua»²⁵, «grandes maestros de la Iglesia antigua»²⁶, «grandes padres y doctores de la Iglesia»²⁷, o, simplemente, «Padres de la Iglesia»²⁸.

«Figuras», «personalidades», «maestros», «doctores» son apelativos que subrayan la importancia del testimonio que estos autores han transmitido a través de sus vidas. Es el «respaldo» de una vida santa lo que confiere a su legado escrito un valor imperecedero. Así lo afirmaba ya en el siglo v san Vicente de Lérins:

Pero ha de tenerse en cuenta que solamente hay que confrontar las sentencias de aquellos padres que, habiendo vivido, enseñado y permanecido santamente, prudentemente, constantemente, en la fe y comunión católicas, merecieron morir fielmente en Cristo, o tener la dicha de dar su vida por Cristo²⁹.

La manualística de los siglos XIX y XX se ha servido de estas palabras de san Vicente para establecer los cuatro ras-

²² Íd., Catequesis sobre san Justino (21-III-2007).

²³ Íd., Catequesis sobre san Ireneo de Lyon (28-III-2007).

²⁴ Íd., Catequesis sobre Clemente de Alejandría (18-IV-2007).

²⁵ Íd., Catequesis sobre Clemente de Alejandría (18-IV-2007), sobre Tertuliano (30-V-2007), sobre san Cipriano de Cartago (6-VI-2007).

²⁶ Íd., Catequesis sobre san Atanasio de Alejandría (20-VI-2007).

²⁷ Íd., Catequesis sobre san Gregorio Nacianceno (22-VIII-2007).

²⁸ Íd., Catequesis sobre Cirilo de Alejandría (3-X-2007), sobre Afraates el Persa (21-XI-2007), sobre san León Magno (5-III-2008), sobre san Agustín de Hipona (9-I-2008), sobre Dionisio Areopagita (14-V-2008), sobre Romano el Melode (21-V-2008), sobre san Máximo el Confesor (25-VI-2008).

²⁹ SAN VICENTE DE LÉRINS, *Commonitorium*, 28, 6 (PL 50, 674-XXX).



gos que debe poseer un autor eclesiástico para ser considerado «Padre de la Iglesia»: antigüedad, ortodoxia, santidad de vida y reconocimiento eclesial. Una interpretación restrictiva de estos rasgos obligaría a descartar autores de la talla de Orígenes, Tertuliano o Eusebio de Cesarea, por citar sólo algunos de los presentados por Benedicto XVI. Por eso, el Papa, aunque designa genéricamente al conjunto de sus enseñanzas patrísticas «Catequesis sobre los Padres de la Iglesia»³⁰, amplía la terminología y nos presenta una selección de autores de los primeros siglos cuyo legado vital y doctrinal, en cuanto testimonio concorde de la Tradición, es indispensable para conocer la Historia y el Magisterio de la Iglesia.

2. Los Padres de la Iglesia como «objeto» de catequesis

Si la Iglesia, a través del Evangelio, ha recibido de estos autores la vida es, precisamente, porque son testigos vivos de la Tradición: «lo que en la Iglesia encontraron, eso conservaron; lo que aprendieron, eso enseñaron» (*quod inveniunt in Ecclesia, tenuerunt; quod didicerunt, docuerunt*)³¹. Su vida y sus enseñanzas no se entienden fuera del surco, vivo y vivificante, de la Tradición eclesial. A ellos debe la Iglesia la transmisión del testimonio recibido de los apóstoles y su creciente comprensión. Una tarea tan extraordinaria sólo ha podido realizarse en docilidad a la acción del Espíritu Santo, de ahí que su contribución no envejezca con el tiempo. La fuente vital de su paternidad

³⁰ BENEDICTO XVI, Catequesis sobre Dionisio Areopagita (14-V-2008).

³¹ SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Contra Iulianum*, II, 34 (BAC 457, 563).

no se encuentra, pues, en opiniones particulares formuladas con mayor o menor ingenio, sino en la comunión de sus pensamientos, voluntades y afectos vivida en la Gran Iglesia y con la Gran Iglesia.

El cardenal Newman, que había iniciado su camino interior hacia la Iglesia católica de manos de los Santos Padres³², subraya magistralmente la importancia del «unánime consenso de los Padres» frente al valor de las opiniones personales:

Sigo a los Padres de la Antigüedad, pero no porque crea que en este punto concreto les asiste la autoridad que tienen cuando se trata de doctrinas o preceptos. Cuando hablan de doctrinas, hablan de ellas como de doctrinas universalmente admitidas. Dan testimonio de que tales doctrinas son aceptadas, no sólo aquí o allí, sino en todas partes. Nosotros aceptamos las doctrinas que ellos enseñan de esta manera, no sólo porque ellos las enseñan, sino porque dan testimonio de que en su tiempo las profesaban todos los cristianos, y en todas partes. Los tomamos como informadores honrados, mas no como una autoridad suficiente en sí mismos, aun cuando también tengan ellos cierta autoridad [...]. Ellos no hablan de sus opiniones personales. No dicen: «Esto es verdad, porque nosotros lo vemos en la Escritura» —sobre esto podría haber discrepancias de opinión—, sino: «Esto es verdad, porque de hecho es afirmado y fue siempre afirmado por todas las

³² «Recuerdo cómo me sentía fuera de mi familia cuando tomaba de mi biblioteca los volúmenes de san Atanasio o san Basilio y me ponía a estudiarlos; y cómo, por el contrario, cuando entré en la comunión católica, los leía con fruición, sintiendo que en ellos encontraba mucho más de lo que había perdido y cómo les decía a aquellas páginas inanimadas, creyendo hablar directamente a los ilustres santos que las dieron a la Iglesia: ahora vosotros sois mis amigos y yo soy vuestro sin posibilidad de error»: J.H. NEWMAN, *A letter to the Rev. E.B. Pusey on his recent Eirenicon* (1866); cit. en D. GORCE, *Newman et les Pères*, Bruges, Beyaert ²1947, 83.



Iglesias, desde el tiempo de los apóstoles hasta nuestros días, sin interrupción»³³.

La autoridad de los Padres descansa en la comunión eclesial, de la que reciben su vitalidad y a la que sirven con su vida. Por eso, su grandeza es la grandeza de la Iglesia. Aunque su origen es diverso, la misma fe los congrega como en una gran mansión³⁴. Porque son hijos, pueden ser también padres.

Basta lo dicho hasta el momento para percibir ya con nitidez que el interés de Benedicto XVI por los Padres de la Iglesia no es meramente histórico. Estas personalidades ilustres de la antigüedad cristiana constituyen una estructura estable de la Iglesia. Su conocimiento no está sujeto a modas perecederas. En ellos se encuentra el soporte indispensable para alcanzar la sabiduría evangélica. Los Padres, en efecto, cumplen una función perenne en pro de la Iglesia, de ahí que puedan ser presentados como «objeto» de catequesis.

Esa función perenne puede ser sintetizada en tres puntos³⁵: 1) los Padres son testigos privilegiados de la Tradi-

³³ J.H. NEWMAN, *Discussions and Arguments*, II, 1; cit. en J. QUASTEN, *Patrología*, I, BAC, Madrid ³1984, 13-14.

³⁴ «Habiendo recibido esta predicación y esta fe [de los apóstoles], la Iglesia, aunque esparcida por el mundo entero, las conserva con esmero, como habitando en una sola mansión, y cree de manera idéntica, como no teniendo más que una sola alma y un solo corazón; y las predica, las enseña y las transmite con voz unánime, como si no poseyera más que una sola boca. Porque, aunque las lenguas del mundo difieren entre sí, el contenido de la Tradición es único e idéntico. Y ni las Iglesias establecidas en Alemania, ni las que están en España, ni las que están entre los celtas, ni las de Oriente, es decir, de Egipto y Libia, ni las que están fundadas en el centro del mundo, tienen otra fe u otra tradición»: SAN IRENEO DE LYON, *Adv. Haer.* I, 10, 1-2.

³⁵ Cf. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Instrucción sobre el estudio de los Padres de la Iglesia en la Formación Sacerdotal* (30-11-1989), 17-47.

ción; 2) ellos nos han transmitido un método luminoso y seguro para crecer en la inteligencia del Misterio de Cristo; 3) sus escritos ofrecen una riqueza cultural y apostólica que los hacen grandes maestros de la Iglesia de ayer y de hoy.

En la corriente viva de la Tradición, que desde los comienzos del cristianismo continúa a través de los siglos hasta nuestros días, los Padres ocupan un lugar especial. Ellos están más próximos a la pureza de los orígenes; algunos fueron testigos de la Tradición apostólica, origen de la Tradición. En la época de los Padres se dieron los primeros pasos en el ordenamiento eclesial. A ellos debemos la fijación del canon completo de los Libros Sagrados, la composición de las más antiguas profesiones de fe (credos), el discernimiento de lo que pertenece al depósito de la fe frente a las amenazas deformadoras de las herejías. Los Padres de la Iglesia pusieron las bases de la disciplina canónica (*statua patrum, traditiones patrum*) y crearon las primeras formas de la Liturgia, que permanecen como punto de referencia obligatorio para todas las reformas posteriores.

Los Padres nos enseñan el camino (*método*) para crecer en la inteligencia del Misterio de Cristo y vivirlo en plenitud. Ante todo, ellos son comentaristas de la Sagrada Escritura (*divinorum librorum tractatores*³⁶): no sólo han fijado el conjunto de libros canónicos frente a intentos tempranos de falsificar el testimonio verdadero sobre Jesús (los escritos apócrifos), sino que han recibido de los apóstoles los libros sagrados, leyéndolos y comentándolos en la Iglesia y para la Iglesia.

³⁶ SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *De lib. arb.* III, 21, 59 (PL 32, 1300; BAC 21, 411); *De Trin.* II, 1, 2 (PL 42, 845; BAC 39, 181).



Los Padres, además, conscientes del valor universal de la Revelación, iniciaron la gran obra de inculturación cristiana. En ellos descubrimos el fecundo encuentro entre la fe y la cultura, entre la fe y la razón, nacido de un impulso misionero que no conocía fronteras. El carácter netamente apostólico de sus obras confiere a los Padres un atractivo especial. Aunque fueron muchos los géneros cultivados, sus escritos están todos traspasados por una misma preocupación evangelizadora. Leyendo sus escritos y acercándonos a su vida, nos sentimos más próximos al Evangelio, más cerca de Cristo, que habita en su Iglesia.

La estructura de las Catequesis de Benedicto XVI sobre los Santos Padres responde a este deseo de aproximarnos al encuentro eclesial con Cristo. En ellas, el Papa destaca siempre tres aspectos: 1) los datos biográficos fundamentales de cada autor; 2) las obras que nos ha legado; 3) la clave de su enseñanza. Así presentados, los Padres son «contenido» inexcusable de una catequesis destinada a confirmar la fe y animar la esperanza.

3. Los Padres de la Iglesia y la catequesis

A los Padres de la Iglesia debemos también el sentido originario de lo que hoy llamamos «catequesis». El vocabulario catequético se va precisando en los siglos II y III, adoptando poco a poco su sentido técnico³⁷, como en la *Traditio Apostolica*, en la que se emplea ya el término *catequesis* en su sentido preciso de enseñanza dada a aquel que se prepara para el bautismo, designado con el nombre

³⁷ Cf. G.W.H. LAMPE, *A Patristic Greek Lexicon*, Oxford 1978, 732-733.

de «catecúmeno»³⁸. La catequesis se distingue de la enseñanza escrita por cuanto designa, ante todo, la enseñanza que «resuena al oído»³⁹. El sustantivo *catequesis* lo encontramos tanto en Oriente como en Occidente desde el siglo II. El uso del sustantivo conserva el matiz propio del verbo correspondiente y, por *catequesis*, se entiende, sin más, «exposición oral».

La *Demostración de la predicación apostólica* de Ireneo de Lyon, a finales del siglo II, pretende ser un *diálogo escrito* en el que se exponen de forma unitaria, sintética y completa el conjunto de las verdades reveladas. El escrito posee una función catequética clara: instruye al que lo recibe y sirve de referencia para catequizar a otros⁴⁰. A finales del siglo IV, cuando el desarrollo del catecumenado conoce su esplendor, encontramos una definición en la que el objeto de la exposición constituye ya el motivo que define su especificidad. La definición la ofrece la peregrina Egeria, al describir la vida de los cristianos en Jerusalén. La catequesis es la enseñanza que presenta la historia de

³⁸ Cf. *Tradición apostólica*, 17 (SC 11bis, 74).

³⁹ El filósofo neoplatónico convertido al cristianismo en edad muy avanzada, Mario Victorino (s. IV), lo explica así: «... resonar al lado de uno, como sucede cuando uno, al principio, quiere hacerse cristiano y le suenan a su derredor los nombres de Dios o de Cristo»: *Comentario a la Carta de Pablo a los Gálatas*, 2, 6, 6 (PL 8, 1194A).

⁴⁰ «Dado que en la actualidad estamos físicamente separados uno del otro, he decidido, dentro de mis posibilidades, conversar contigo por escrito y exponerte brevemente la predicación de la verdad para fortalecer tu fe. Lo que te envío es una especie de promemoria sobre los puntos fundamentales, de tal modo que en pocas páginas puedas encontrar abundante materia teniendo reunidas concisamente las líneas fundamentales del cuerpo de la verdad y con este compendio tengas a mano las pruebas de las realidades divinas. Pienso que te será útil no sólo para tu salvación sino también para confutar a los que defienden falsas opiniones y, a quien lo quiera conocer, le podrás exponer con seguridad nuestra enseñanza en su integridad y pureza»: SAN IRENEO DE LYON, *Dem. Prol.*, I (FuP 2, 52).



la salvación recorriendo todas las Escrituras, desde el Génesis hasta la resurrección de Cristo⁴¹. El testimonio de Egeria revela que por catequesis se entiende, primariamente, la instrucción oral que precede al bautismo y versa sobre la historia de la salvación, la fe, el misterio pascual de Cristo y el Credo. Esta instrucción se realiza en vistas al sacramento del bautismo y una vez recibido este se prolonga en la exposición de los misterios contenidos en el sacramento.

El objetivo de la catequesis es fundamentar la vida cristiana mediante la instrucción oral de las verdades reveladas en su conjunto. Estas verdades no se proponen como un mero saber teórico, sino como fundamento efectivo de la propia vida, en todas sus dimensiones. No extraña, pues, que Cirilo de Jerusalén compare la instrucción catequética a los cimientos de un edificio⁴². Para Cirilo, como para los

⁴¹ «...el obispo les enseña la ley de esta manera: comenzando por el Génesis, durante aquellos cuarenta días va recorriendo todas las Escrituras, exponiéndolas primero según el sentido literal, y explicando luego el sentido espiritual. Lo mismo se hace hablando de la resurrección y de la fe, explicándolo todo durante aquellos días; esto es lo que se llama *catequesis*»: EGERIA, *Itinerario* 46, 2 (BAC 416, 313-315).

⁴² «Este consejo te doy: que guardes para siempre y no te olvides de lo que se te dice. No pienses que estas son las homilias de costumbre; y aunque estas son buenas y dignas de atención, y aunque nos distrajéramos algo por un día, lo aprenderíamos al siguiente. Mas la doctrina acerca del bautismo que se enseña por orden, si hoy te descuidas en aprenderlo, ¿cuándo se aprenderá?... Considera que la catequesis es como una especie de edificio que si no se cava y se pone el fundamento, si no se une la casa con serie ordenada de tramos y buena construcción, de modo que no se quede nada flojo y ruidoso, se perderá toda la primera labor efectuada... Del mismo modo, y como si fueran piedras, te presentamos todas las doctrinas: conviene oír lo que se refiere a Dios vivo, lo referente al juicio, a Cristo, y a la resurrección. Y otras muchas cosas se dirán que ahora las explicamos simultáneamente, pero que a su tiempo se dirán ordenadamente, dispuestas en su lugar»: SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis*, *Protocatequesis*, 11 (PG 33, 335; BPa 67, 41-42).

autores del siglo IV, la catequesis forma parte integrante del proceso de configuración de la personalidad cristiana. No es posible ser cristiano —no sólo llegar a serlo— prescindiendo de la catequesis, de la misma forma que es inimaginable un edificio que carezca de cimientos.

Numerosos Padres comparan la experiencia del catecúmeno en la Iglesia a la del niño en el seno de su madre durante la gestación⁴³. La Iglesia lleva en el propio seno a los que han sido concebidos con una fe inicial, los cuida, los nutre, los protege, los forma y los santifica, para después engendrarlos a la vida nueva del bautismo⁴⁴. Por eso, no es posible la biografía del cristiano sin la Iglesia, la mediación eclesial sin la catequesis.

El padre jesuita Antonio Orbe, uno de los mayores impulsores de los estudios patrísticos en el ámbito de len-

⁴³ «Una mujer, cuando ha recibido el semen informe del varón, cumplido el tiempo, da a luz un ser perfecto. De igual forma, se podría decir que la Iglesia no cesa de concebir en su seno a los que buscan amparo junto a la Palabra de Dios, y que los forma y los modela a imagen y semejanza de Cristo, para hacerlos, cumplido el tiempo, ciudadanos de la vida inmortal»: METODIO DE OLIMPO, *Symposium*, 8, 6 (SC 95, 187). «Nos hemos desarrollado en las entrañas de la madre y, salidos de su seno, hemos sido vivificados en Cristo. Así es como Cristo, aquí en la Iglesia, nos engendra gracias a los presbíteros. Y así, el seno de Cristo, esto es, el Espíritu de Dios, da a luz, por mano de los presbíteros, un hombre nuevo, formado en el seno de la madre y recogido como recién nacido en la fuente bautismal»: SAN PACIANO DE BARCELONA, *Sermo de baptismo*, 6 (PL 13, 1092-1093); cf. también SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Sermón*, 216, 7-8 (PL 38, 1080); *Sermón*, 228B, 1 (PL 46, 827; BAC 447, 293); QUODVULTDEUS, *De Symbolo*, I, 1, 3 (CCL 60, 366); III, 1 (CCL 60, 349); SAN CESÁREO DE ARLÉS, *Sermón*, 200, 5 (CCL 114, 810-811).

⁴⁴ «¿Cómo se elabora el pan? Se tritura y se muele; se rocía y se cuece; el rociamiento es pureza, y la cocción solidez. ¿Dónde y cuándo habéis sido triturados vosotros? Mediante los ayunos, las prácticas cuaresmales, las vigilias y los exorcismos. El rociamiento no es posible sin agua: habéis sido bautizados»: SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Sermón*, 229A, 2 (PLS 2, 555; BAC 447, 303).



gua española durante el último medio siglo, recordaba con frecuencia la necesidad de tratar con los Padres para llegar a conocerlos: «Los Padres sólo se entregan hondamente a quienes se les entregan también en hondura, por larga conversación con ellos»⁴⁵. Las Catequisis sobre los Padres de la Iglesia, que el papa Benedicto XVI ha regalado a la Iglesia, son, sin duda, una maravillosa ayuda para comenzar esa conversación.

⁴⁵ A. ORBE, «La patrística y el progreso de la teología», en *Gregorianum* 50 (1969) 543.